

¡Maestro! queden tus restos de la materia sepultados en la última morada del mundo mientras tu obra se lleva á gran altura, como espíritu único, para que admiren y les sirva de lección á tantos flojos de corazón que consideran como su patria al primer rincón que los acoge, y nosotros los que recibimos de tus labios la savia para cultivar el amor á la libertad, ante el recuerdo vivo que de tí tenemos grabado en el corazón con buril de agradecimiento, os damos gracias, y llevaremos siempre la efigie del Maestro inolvidable y del *hombre patria* en el alma, en señal de sincera veneración.

Transcurrirá el tiempo, se agruparán los años y formarán el siglo, y ese insecto que mina y destruye el cuerpo se apoderará de la presente generación coronando de hilos de plata la cabeza, y el Apóstol de la Independencia Cubana, surgirá siempre como visión encantada en el espacio de las aspiraciones.

E. A. DE Q.

ULTIMA CARTA DE MARTÍ

Poco antes de partir para la guerra, en donde halló la muerte, y tal parece que la hubiera presentido, José Martí, el alma de la revolución

cubana, escribió á un amigo portorriqueño, la siguiente carta.

Vése en ella cómo el sentimiento de la patria se convirtió en aquel corazón en una violenta idolatría; se ve que sentía el próximo sacrificio y como un ansia secreta y vaga de ser la víctima de la revolución cubana.

Cayó, y esas sus últimas palabras, adquieren hoy el valor de un testamento patriótico y la grandeza de una profecía.

“A Federico Enriquez Carbajal.

Amigo y hermano:

Tales responsabilidades suelen caer sobre los hombres que no niegan su poca fuerza al mundo, y viven por aumentarle su albedrío y decoro, que la expresión queda como velada é infantil, y apenas se puede poner en una enjuta frase lo que se diría al tierno amigo en un abrazo. Así yo ahora, al contestar, en el pórtico de un gran deber, su generosa carta. Con ella me hizo el bien Supremo y me dió la única fuerza que las grandes cosas necesitan, y es saber que no las ve como juego un hombre cordial y honrado. Escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos y sienten con entrañas de nación ó de humanidad.

Y queda, después de cambiar manos con uno de ellos, la interior limpieza que debe quedar después de ganar en causa justa una buena batalla. De

la preocupación real de mi espíritu, porque Ud. me la advina entera, no le hablo de propósito. Escribo, conmovido en el silencio de un hogar que por el bien de mi patria va á quedar hoy mismo acaso abandonado. Lo menos que, en engrandecimiento de esa virtud, puedo yo hacer, puesto que así más ligo que quebranto deberes, es encarar la muerte si nos espera en la tierra ó en el mar, en compañía del que, por las obras de mi mano y el respeto de la propia suya y la pasión del alma común de nuestras tierras, sale de su casa enamorado y feliz á pisar, llevando una mano de valiente, la patria cuajada de enemigos

De vergüenza me iba muriendo,—aparte de que la convicción mía, de que mi presencia hoy en Cuba es tan útil por lo menos como afuera—cuando creí en tamaño riesgo que pudiera llegar á convencerme de que era mi obligación dejarlo ir solo y de que un pueblo se deja servir, con cierto desdén y de-pego, de quien predicó la necesidad de morir, y no empezó por poner en riesgo su vida.

Donde esté mi deber mayor, adentro ó afuera, allí estaré yo. Acaso me sea dable y obligatorio, según hasta hoy parece, cumplir ambos. Acaso pueda contribuir á la necesidad primaria de dar á nuestra guerra reciente, forma tal, que lleve en gérmen visible, sin minuciosidades inútiles, todos los principios indispensables al crédito de la revolución y á la seguridad de la República.